pavoroso de que huyen con espanto los viajeros, porque tu polvo apenas cubre los huesos de los Malhechores que la justicia humana inmola al reposo de la sociedad, pronto brillarás con esplendor celeste, porque vas á ser el altar del más grande de los sacrificios. La víctima está dispuesta, y espera la muerte con alegría. ¡Muerte sublime, que vas á redimir al género humano y á iniciarlo en la vida eterna, yo te saludo! Acércate, y el Cielo y la Tierra sean testigos de tu obra. Sentado á la diestra de mi Padre, era, como el Creador, el amigo de los hombres, y me he hecho hermano de ellos: por amor de ellos va á correr toda mi sangre, y después vendré á dormir bajo esta bóveda fresca y sombría, que manos previsoras han hecho. Mi sueño será más dulce que el reposo que llamaban los votos de Adam, cuando, en medio de los rumores de una melancólica noche de Otoño, una voz misteriosa le dijo: «Esta tierra que se cubre de hojas mustias, te ha abierto un sepulcro; prepárate á dormir durante una larga serie de siglos sin oir la voz de tus descendientes, que vendrán á su vez á dormir en este sepulcro.» Los siglos se han perdido en la eternidad; numerosas generaciones han desaparecido en el seno de la Tierra, sordas á los pasos fugaces de nuevas generaciones, que se deslizan sobre las ruinas del pasado, y se confunden con él, para ceder el puesto á un porvenir menos efímero. Todas ellas van á despertarse para siempre, porque yo me he hecho perecedero como ellas un instante. Los Cielos no tienen nada comparable á la alegría que me causa la idea de esta resurreccion universal. La duda, la inquietud, las lágrimas serán para siempre desterradas de la Tierra ya regenerada, y la muerte no será ya más que la dulce sonrisa de una bella victoria... ¡Ya llegan mis resucitados! Veo brillar sus aéreas vestiduras y sus nobles cicatrices: oigo sus gritos de triunfo, llamando al Hijo del hombre, que se hizo hermano de ellos. ¿Quién puede contarlos sobre la Tierra? ¿Quién puede contarlos en el Cielo? Su número es infinito, y todos son mios. Yo he aniquilado el pasado, y he dado á la creacion su pureza primitiva. Pero esta regeneracion no está consumada, ni lo estará hasta que tú, lúgubre Gólgota, te hayas bebido toda mi sangre, y tú, sepulcro abierto y vacío ahora, me hayas dado reposo.»

Durante el curso de estos proféticos pensamientos, el Mesías se ha acercado á Jerusalem. No lejos de los muros de esta ciudad, ya envuelta en las tinieblas, Judas viene en silencio á deslizarse entre los demás discípulos. En vano afecta un aire tranquilo y sosegado; un sentimiento doloroso acelera los latidos de su corazon. Ithuriel, que le seguia, se detiene en la copa de una palmera. En el momento en que Jesús pasa por debajo de este árbol, el ángel desciende, marcha á su lado, y los dos se comunican en esa lengua misteriosa del alma que el hombre más virtuoso no sabe hablar, sino cuando con su último suspiro envia su último pensamiento al Cielo, donde es esperado.

—«¡Hijo del Eterno! le dice el serafin: tus ojos han leido en el libro de la vida de Judas, y sabes que te ha vendido, él, á quien tú mismo has enseñado con tu palabra y con tu ejemplo. Judas ha visto tus maravillas, ha oido tu voz que le anunciaba la inmortalidad: ¡y te ha vendido! Yo no soy ya su ángel custodio. Cuando, rodeado de tus discípulos fieles, juzgues al mundo, yo me presentaré al pié de tu trono, yo extenderé mi mano sobre la noche eterna, yo armaré mi voz con la fuerza del rayo, y diré: ¡En nombre del que derramó toda su sangre sobre la cruz, Judas Iscariote se ha hecho indigno de contemplar en su gloria al Hijo del hombre! El estigma del crímen señala su frente maldita, y le acusa conmigo: él me rechazó, y yo le aban-

dono al abismo de la eterna condenacion que le reclama.»

Y mirando al Mesías, leyó en su pensamiento que podia, sin ofenderle, abandonarse á su dolor.

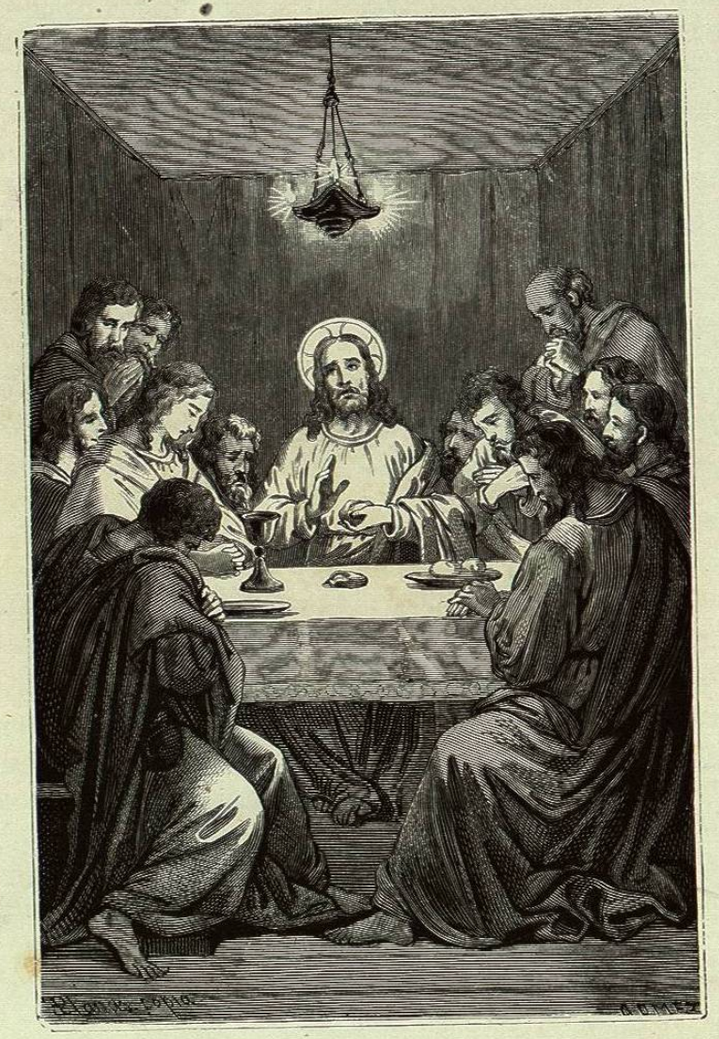
—«¡Ay! exclama prosiguiendo: ¿qué ha sido de las dulces esperanzas que yo habia fundado en tí, desdichado Judas? Tú estabas destinado á oir los celestiales himnos que acompañan al mártir al suplicio y celebran su triunfo. Ya me preparaba yo á volar á recibir tu alma, separada de tu cuerpo por una muerte gloriosa, y á conducirla á los piés del Mesías. Allí te hubiera yo colocado en el brillante asiento que los Cielos te habian reservado; yo hubiera participado de tu dulce éxtasis; te hubiera llamado mi amigo, mi hermano, y tú me habrias iniciado en los más piadosos misterios de los cristianos, refiriéndome cómo los visitó esa fe que hace imposible el pecado, y trueca los padecimientos del cuerpo en puras alegrías del alma. ¡Y se han desvanecido aquellas dichosas esperanzas, como la sonrisa de la Primavera vencida por el Estío, como la flor de la vida del jóven adolescente, marchita por el soplo de la muerte! Yo era antes el ángel custodio de un santo, y héme ahora solo y rechazado; los serafines mis hermanos desviarán de mí sus afligidos ojos. Habla, hijo del Eterno: ¿he de volver á los Cielos, ó te dignarás otorgarme la gracia de que sea testigo de tu mision divina?»

Jesús contesta:

—«Juan tiene dos ángeles custodios: concedo la misma gracia á Simon Pedro, que necesita apoyo; porque muy luego le tentará el espíritu del mal: vela sobre él.»

El bienaventurado serafin se precipita al punto en brazos de Orion, y los dos se prometen alejar del discípulo confiado á su custodia todo pensamiento culpable.

¡Musa de Sion, que me has sostenido hasta aquí! haz



El cenáculo. (Canto IV.)

que mi canto sea solemne y dulce, pues voy á repetir la despedida del divino maestro á sus amados discípulos; voy á pintar al más santo de sus discípulos, cuando reclinado en el seno de Jesús, levantó á él los ojos arrasados de lágrimas, como los levantó más tarde al Cielo, cuando, en las desiertas playas de Pátmos, se dignó dictar el Salvador la más sublime de sus revelaciones (1) al apóstol amado, que compartió con el noble Santiago el honor de ser llamado por *él Hijo del trueno* (2).

Jesús acaba de entrar en Jerusalem: pasa por del palacio del rico sin dirigir á él su vista, y entra en la morada del pobre, donde quiere celebrar su última cena.

Los dos discípulos que le habian precedido hacen servir el cordero pascual, y todos toman asiento al rededor de la mesa.

Sentado junto á su maestro, Juan se apoya en su hombro sonriendo dulcemente.

El penetrante esplendor de un espíritu profético que lee en el porvenir, y la dulce tristeza de un amigo que ve por la última vez reunidos al rededor suyo á los seres queridos de su corazon, se reflejan en la mirada y en la expresion de Jesús.

—«Estoy satisfecho, les dice, de veros á todos cerca de mí: tenia necesidad de reuniros por última vez, porque muy pronto será menester separarnos. En otro tiempo, un santo profeta fué admitido á contemplar al Eterno; oyó los himnos de los serafines, sintió estremecerse bajo sus piés

(1) El Apocalípsis de San Juan.

(2) Juan Evangelista y Santiago el Mayor eran hermanos, y fueron llamados al apostolado por Jesús, que los encontró arreglando sus redes, con su padre Zebedeo, que era pescador. El Mesias los llamó á los dos *Boanerges*, esto es, *hijos del trueno*.

las gradas del templo, que el eco de sus voces habia herido; vió llenarse el santuario de una nube aromática, como el dulce vapor que la mirra exhala cuando arde sobre el altar (1). Yo estaba sentado cerca de mi Padre, y en honor mio tembló el templo, cantaron los serafines y se consumió la ofrenda de los Cielos. Este mundo que habitais dormia aun en el caos, y yo reinaba ya sobre los inmortales. Todavia no os es dado comprender esta alta verdad; pero recordad que el mismo profeta, admitido á contemplar á su Dios, recibió de él el don de leer en el venir. Vió un hombre que por su forma parecia un hijo de Adam como vosotros. Ahora bien, hé aquí, sobre esto, las palabras del profeta:

«Se ha desvanecido la celestial belleza del Hijo del hombre; la dulce sonrisa de su juventud, la serenidad imponente que revelaba la paz de su alma, le abandonaron para siempre. Todas las miserias humanas se han acumulado sobre su cabeza: viéndole pasar ante ellos triste y paciente, los hombres desvian los ojos, pues creen que va encorvado bajo el peso de sus crímenes y que lo torturan las angustias de los remordimientos. Hombres, reconoced vuestro error: si padece, si gime, si se encorva bajo el peso del anatema, es por vosotros. El culpable, el réprobo, es todo el género humano, que ha querido hacerse él mismo su ley y su sabiduría. Él se alejó de su Creador, y el espíritu del mal lo reclama, y el Creador ha echado todos los pecados del género humano sobre el Hijo del hombre, y el Hijo del hombre va á expiar todos sus pecados. Ha sido juzgado y condenado, padece y muere sin exhalar una queja, como el cordero inmaculado sobre el altar del sacrificio. Esas llagas que os estremecen, las ha recibido en vuestro nombre; y con cada gota de sangre que derrama por vosotros, la paz y la felicidad extienden más ampliamente sus alas bienhechoras, á fin de abrigar bajo su sagrada sombra á toda la raza de Adam. Ved; ha salido triunfante del más terrible de los juicios. ¿Quién podrá contar los pecadores que ha redimido? ¿Quién podrá contar las generaciones que un dia saldrán á su voz del polvo de la muerte para entrar en la vida eterna (1)?

(1) Se alude á la vision que tuvo el profeta Isaias, cuando Dios se le apareció en toda su gloria.— *Isaias*, *cap. VI.*

Jesús calla y levanta los ojos hácia su Padre. Después de de un largo y piadoso silencio, que ninguno de sus discípulos osa turbar, les dirige de nuevo la palabra:

—Desde hoy, amados mios, comereis sin mí el cordero que trisca en la pradera, y bebereis sin mí el jugo del fruto que embellece la frondosa vid; pero en el valle de la eterna paz hay dulces moradas para todos mis amigos: allí me encontrareis con los padres de la nueva alianza, y celebraremos juntos fiestas que no entristecerá ningun pensamiento de separacion.»

Llenos de santa admiracion, los discípulos guardan un silencio religioso: así el pueblo de Israel quedó mudo y tembloroso, cuando reunido en la cima del Mória, pasó el pórtico del templo, y vió al jóven y bello Salomon depositar su corona de oro sobre el altar que acababa de erigir al Señor con tanta magnificencia, y que no quiso consagrar hasta después de haberse despojado de las insignias de los demás hombres (2).

Lebbeo cree haber adivinado el sentido de las palabras de Jesús, y dominado por el dolor, se inclina al oido de Iscariote, y le dice en voz baja:

(1) Todo este pasaje es una imitacion de la profecia de Isaias sobre la pasion del Mesías.— *Isaias*, *cap. LIII.*

(2) Se alude en este pasaje á la inauguracion del templo de Jerusalem por Salomon.— 1.º *Reyes*, *cap. VIII.*

—«No podemos ya dudar; ha llegado el momento de que tantas veces nos ha hablado: el Hijo del hombre va á morir. Cuando conduzcan al suplicio al más grande de los profetas, ángel de la muerte, ten piedad de mí, y ábreme el santuario en que el desgraciado halle reposo, en que el viajero agotado de fatiga duerma en paz.»

Estas palabras, interrumpidas por tristes sollozos, llegan al oido del Mesías: su mirada llena de benevolencia divina se detiene en el jóven Lebbeo, se desliza sobre Judas, y se cierne sobre el apostolado con una tristeza pensadora.

—«Voy á afligiros, amados mios, pero debo decíroslo: uno de vosotros me entregará.»

Jesús calla; y todos sus discípulos, sobrecogidos de espanto y de indignacion, exclaman al mismo tiempo:

—«Maestro, ¿soy yo?»

—«Uno de vosotros, contesta el Salvador. Verdad es que nada podria separar al Hijo del hombre del camino trazado por los profetas; pero ¡ay! ¡ay del discípulo que le entregue! En verdad os digo: más le valiera no haber nacido.»

Al pronunciar estas palabras, el divino rostro de Jesús toma la expresion de un juez severo.

Judas palidece, tiembla, se inclina hácia él y le dice:

—«¿Será, por ventura, Judas el que ha de entregarte?»

—«Tú lo has dicho,» contesta el Mesías con tristeza y en voz tan baja, que solo el culpable ha podido oirle.

Y arrancándose de repente al doloroso pesar que le causa la pérdida de uno de los suyos, vuelve á tomar la expresion de una dulce majestad, de una bondad divina, y levantándose, se dispone á consagrar el pacto de la nueva alianza.

Corazones endurecidos, que profanais audazmente esta solemnidad sagrada, por vosotros no murió en la cruz el divino Jesús: no os conoce, rechaza vuestro fingido homenaje.

El Mesías pronuncia las sublimes palabras que eternizan la memoria de su muerte, y presenta á sus discípulos el pan y el vino, que reciben sucesivamente y con piadosa humildad.

A la vista del cáliz, imágen de la sangre de la redencion, Juan no puede contener su dolor. Prosternándose á los piés de su maestro, abraza sus rodillas, solloza y se vela el rostro con los rizos de su cabellera.

El pensamiento de Jesús se eleva hácia el Eterno, y dice:

—«Sea permitido á mi discípulo amado contemplar mi gloria.»

Y al punto ve Juan en el fondo del cenáculo un coro de serafines, testigos invisibles de aquella escena. Contémplalos con arrobamiento, y muy luego el esplendor de Gabriel y la belleza radiante de Rafael le deslumbran: el dulce Salem, cuyo esplendor está más al alcance de un mortal, le tiende los brazos sonriendo; pero Juan no quiere más que seguir á su adorado maestro. Abrumado de felicidad, se apoya suspirando en su seno y le rodea con sus brazos.

Llevado en un aura embalsamada, Gabriel se acerca á Jesús y exclama:

—«¡Ah! ¡Que no me sea dado abrazarte así! Por obtener esta gracia, me resignaria á ser un simple mortal.»

—«Tu lugar, Gabriel, contesta Jesús, es al pié de mi trono, cerca de Elohá, en la primera grada del santuario de los Cielos.»

El serafin se prosterna, y le adora en silencio.

Judas cree deber imitar el ejemplo de Juan, y se postra á los piés de su maestro, que le manda levantarse, presentándole el cáliz.

El traidor lo recibe tranquilamente.

Tanta perversidad contrista de nuevo al Mesías, y su melancólica mirada divaga por la estancia.

Luego dijo:

—«A todos vosotros, pues os he llamado á mí, os amo con igual ternura; pero ya os lo he predicho: uno de vosotros me entregará. Menester es tambien que sepais el alto destino que reservo á los que me han sido fieles. Por donde quiera que yo los envie, serán recibidos como yo mismo lo seria: el bien ó el mal que á ellos se les haga, será como hecho á mí. Tanta gloria no podria ser la herencia de un traidor. Os lo digo por la tercera vez: uno de vosotros entregará el Hijo del hombre.»

Jesús calla, y sus discípulos se miran unos á otros con inquietud y desconfianza.

Juan, siempre reclinado en el seno del Mesías, le pregunta en voz baja:

—«Señor, ¿quién de nosotros se manchará con ese crímen?»

—«Aquel con quien yo parto este pan,» contesta el Mesías.

Y dirigiéndose á Judas con fraternal bondad, le ofrece el símbolo de la reconciliacion del pecador con su Dios.

Juan se estremece, y guarda silencio, temiendo denunciar al traidor á la venganza de los demás discípulos.

Judas abandona el cenáculo con precipitacion. Perseguido por el recuerdo de lo que acaba de ver y oir, corre fuera de sí, á través de las tinieblas, y su rabia se exhala en fin en estas palabras:

—«¡Conoce mi crímen!... ¡todos lo conocen! Bien, que tiemblen todos. *Levántate, Judas*, me ha dicho. ¡Dura palabra! No, no es así como habla á los demás. Verdad es

que no se manda á los reyes. Pero ¿qué significan esa siniestra despedida, esos preparativos de muerte? Tal vez un ardid para templar mi cólera. No te hablandes, Judas: acuérdate de que has sido menospreciado. Y ¿cómo se podria hacer morir á Jesús? ¿No es inmortal? Que un momento siquiera sea cargado de hierros: entonces acaso tendrá una sonrisa afable, una súplica para el discípulo menospreciado. Los jefes de Israel me esperan; soy confidente de ellos..... Vamos allá.»

Dijo; y empujado por Satanás, se dirige al palacio del gran sacerdote Caifás.

Desde la partida de Iscariote, una calma imponente y dulce se ha mezclado á la piadosa emocion de los discípulos: Jesús les habla ahora con más abandono, con una ternura más expansiva. De esta manera sonreirá á Pedro y á sus nuevos cristianos, cuando más tarde aparten de su santa reunion el cuerpo de Ananías, herido de muerte por haber mentido delante de Dios (1).

La proximidad del instante del sacrificio derrama sobre el Mesías un esplendor sobrenatural. Ya no pertenece á la Tierra, y procura hacerlo comprender así á sus discípulos.

—«Hé aquí, dice, cumplida la mision del Hijo del hombre. Aunque no sea todavía más que un mortal, los Cielos celebran su gloria; pues por él se revelará á los hijos de la Tierra el arcano de la eternidad. Vuestros gemidos me laceran el corazon. ¿Por qué llorais, hijos mios? Es verdad que vamos

(1) Queriendo dar una prueba pública de su piedad, Ananías vendió sus bienes y llevó su precio á los apóstoles. Aunque se reservó una parte de él, aseguró que lo entregaba íntegro. San Pedro, que leia en su pensamiento, le reprochó esta mentira, y Ananías cayó muerto. El apóstol mandó á los cristianos que se hallaban presentes llevarse el cuerpo y enterrarlo; lo cual hecho, volvieron cerca de Pedro para alabar la justicia y omnipotencia de Dios.—*Hechos de los Apóstoles, cap. V.*

á separarnos; pero siempre que me busqueis me encontrareis, aunque ahora no os sea permitido seguirme por el camino que yo voy á emprender. Os lo repito, no lloreis: mis ojos estarán fijos en vosotros... Os dejo un mandato más noble que todos los que las tradiciones os han enseñado: *Amaos los unos á los otros,* amaos como vuestro Mediador os ama. ¡Que el Universo entero sepa que sois de él, y os pida entrar en vuestro pacto de amor y caridad.»

Dijo, y se dispuso á salir.

Pedro se le interpone diciendo:

—«Maestro, ¿á dónde vas?»

—«Ya te lo he dicho, y te lo repito: no puedes seguirme; pero vendrá un dia en que seguirás las huellas de mis pasos.»

—«¿Por qué me rechazas? pregunta Pedro con fervor: yo estoy dispuesto á dar mi vida por tí.»

—¡Tu vida! exclama Jesús con un suspiro doloroso. ¡Pedro! ¡Pedro! antes que el nuevo dia venga á alumbrar á la Judea, me habrás negado tres veces.»

Después de pronunciar estas palabras, pone una rodilla en tierra, y todos se prosternan á su rededor.

—«¿Estais todos presentes?» pregunta con emocion dolorosa.

—«Todos,» contestan los discípulos.

—«La voz de uno de vosotros no ha llegado á mis oidos. Otra vez os lo pregunto: ¿estais todos conmigo?»

—«Judas Iscariote no está,» contesta Lebbeo temblando.

Jesús alza al Cielo sus divinos ojos, y ora:

—¡Padre; oh Padre! ha sonado la hora solemne, que va á mostrar á tu hijo en todo el esplendor de su poder. Bajo su ley has puesto á los hijos de Adam, á fin de que él los despierte á la vida eterna: la vida eterna es conocerte y

amarte. Mi pensamiento abraza en toda su inmensidad la obra de la redencion. ¡El decreto de la eternidad va á cumplirse! La corona me espera á tu derecha, porque tú me devolverás la majestad que hubo en mí antes de la creacion de los Cielos y de los mundos. Yo te he dado á conocer á tus escogidos, que permanecerán fieles á mi doctrina; porque saben que todo cuanto les he enseñado procede de tí. Ahora, Padre mio, te ruego por ellos. Voy á dejar la Tierra; ellos quedarán aquí: haz, Padre mio, que sean dignos de la nueva alianza, y que, á ejemplo de los habitantes del Cielo, su comunidad no sea más que una asociacion de hermanos. Mientras he sido un hombre como ellos, he velado por la pureza de sus almas. Helos aquí: yo te los entrego... uno solo me ha abandonado. ¡Ah! las profecías debian cumplirse. Aparta de la Tierra á mis amados discípulos, ó á lo menos presérvalos de las seducciones del espíritu del mal: ellos no pertenecen ya al pecado; todo es en ellos inocencia y candor. Pero no solo por ellos te imploro, Padre mio: su palabra, dulce como el rocío del Cielo, despertará innumerables hijos á la vida eterna. Que estos nuevos hijos de la redencion sean iguales á sus hermanos mayores; que un dia se reunan á mi rededor para gozar una felicidad infinita. El mundo no puede concebirte; yo solo te comprendo: yo he revelado á tus hijos tu justicia y tu clemencia. ¡Que el santo amor que contigo me confunde inflame sus corazones!»

Dichas estas palabras, Jesús calla, sale del cenáculo, y luego de Jerusalem.

Los discípulos le siguen en silencio hasta el sombrío valle del Cedron, donde la ronca voz del torrente domina el murmurio del olivo, agitado muellemente por el suave aliento de la noche.